



...bajar siguiendo la pista a la manecita esa, la de arriba — no, claro, *aquí no, eso ya lo sé yo, pero ahora estoy hablando desde el recuadrito* ese que está en una esquinilla, abajo a la izquierda, de la página de dónde vengo porque, a mí como a todas las madres siempre nos toca, como con la comida, que ya estoy engordando otra vez quedarnos con los retales y las sobras y lo que nadie quiere — que ya, de tan obsesionada, ni escuchaba las películas que los otros viajeros se contaban nada más que en un sinvivir de a ver si logro yo encontrar de dónde está viniendo esta que, si lo sé, de qué me meto yo en el atolladero de hacer ninguna trampa.

Si lo llego a saber, en su momento, no me achico ni me amilano yo ni por unas cortinas ni por unos cristales ni por todos los muebles de cocina de este mundo que los arrastro yo y quito, pues, lo que hay siempre detrás de todos los muebles de cocina que no se han movido desde que se casó una ¿qué va a haber? Pues una pinza de la ropa, el lapicero Alpino de pintar del niño, cincuenta céntimos de los de agujero (o sea que tuvo que caerse pues, qué te diría yo..., bueno, es igual, no me quiero poner de mal humor), seis o siete mecheros, un pendiente y tres horquillas.

Pero no; estaba tan cansada después de las bodas y de los divorcios y de los bautizos y con un verano a mis espaldas y que sube y que baja al trasterillo y otra vez el otoño y vuelta a las alfombras que, pues la verdad que no me sentí con fuerzas la verdad sea dicha.

Así que, cuando después de colgar el teléfono y decirle a la de yastel que no, que no me iba a cambiar de compañía y que ya se lo podía haber aprendido porque en los últimos siete meses me lo preguntaba todos los días volví y me di cuenta de donde había ido a caer, me dije yo que no, que esa paliza no; y borré tan sencilla (con sus dificultades, que deshacer lleva también su engorro) y me volví como si tal cosa y sin pensarlo a donde estaba antes de que sonara que era aquí:



Ahí, en el centro, en la punta de la flecha azul, que fue la que quité para quedarme [otra vez así](#)



Pero yo estaba (que ahora no quiero perderme para no perder, por lo menos, el rastro de dónde sé que es donde se pierde la pista) con el asunto de la manecita que venía, o por lo menos ahí es donde yo me la encontré por primera vez de [aquí](#)<sup>1</sup> y que me tenía a mí pues tan contenta pero, ahí, donde me encontré las letras en fondo amarillo (en realidad en la página siguiente, en la que hice clic en lo de la memoria, pero que ahora ya no quiero ir para no llevarme otra vez el berrinche de ver que es una especie de culo (lo siento pero se llama así) de saco que no tiene salida y que se corta ahí.

Y por qué le quería seguir la pista yo a la manecita, que ahora no soy ya capaz de acordarme con esta cabeza tan malísima que tengo que, de verdad, no sé yo que va a terminar pasando ni conmigo ni con ella.

Me tengo que ir a poner la presión a las acelgas.



---

<sup>1</sup> Que, por cierto, no me puedo yo explicar cómo después de tantas vueltas como he dado y tantos trasbordos como he hecho porque cuando he llegado con el secador de pelo me han dicho que ahí era antes pero que ahora el servicio técnico está en un polígono industrial en Chapinería y he tenido que coger el tren de cercanías he avanzado nada más dos casillas a no ser, que puede ser, que alguien — como en este ordenador mío todo el mundo mete mano, que siempre me estoy diciendo que me tengo que hacer yo una clave secreta de acceso pero a ver cómo me acuerdo yo luego, con esta cabeza que tengo, de clave ninguna de ningún acceso — que estuviese en el quince me alcanzase y tuviera yo por eso que volverme aquí, que como yo me entere me va a oír.